

30ª SESION ORDINARIA DEL 13 DE SEPTIEMBRE DE 1880

PRESIDENCIA DEL SR. DEL VALLE

SUMARIO: Continúa la consideración del proyecto sobre Capital. Se aprueba.

Señores senadores:

Argento
Bárcena
Baltoré
Carrillo
Civit
Cortés
Del Valle
Del Viso
Febre
Figueroa
Frías
Gelabert
Gómez
Igarzábal
Leguizamón
Lucero
Navarro
Molina
Radilla
Paz
Pizarro
Rocha
Santillán
Vélez
Villanueva

En Belgrano, á los trece días del mes de Septiembre de mil ochocientos ochenta, reunidos en su sala de sesiones, el señor Presidente y los señores senadores al margen inscriptos, se declara abierta la sesión con inasistencia de los señores Barbiene, Frías, Gómez con aviso, y los señores Padilla y Vélez con licencia.

—Se lee y aprueba el acta de la anterior.

Sr. Presidente—Continúa la discusión pendiente en general.

—Se lee el despacho de la Comisión sobre Capital de la República.

Sr. Pizarro — Pido la palabra.

Poco tengo que decir, señor Presidente, sobre el proyecto en discusión, después de las observaciones que tengo hechas en sesiones anteriores, las que me permito creer no han sido contestadas por el señor miembro informante de la Comisión.

En el propósito de dar alguna base de probabilidad á la realización del proyecto en discusión, el señor miembro informante de la Comisión nos hizo, en la sesión pasada, la confesión penitencial del partido autonomista por el pecado de este partido contra la Nación al haber resistido constantemente al pensamiento de fijar la Capital en la ciudad de Buenos Aires; pero poco sincero en la contrición, procuró excusar su culpa con los temores del despotismo probable del general Urquiza en una época, y el general Mitre en otra, manifestando hallarse hoy el partido autonomista arrepentido y dispuesto á dar con su influencia y acción eficaz en la Legislatura y en el gobierno de la provincia la ley de cesión del municipio de esta ciudad para Capital de la Nación. El señor miembro informante llevó su confesión patriótica hasta el punto de declarar indiscutible la idea de fijar la Capital en Buenos Aires, de tal suerte que no habría un solo argentino que no creyese que esta ciudad debía necesariamente servir de Capital.

Toda esta parte del discurso del señor miembro informante de la Comisión no tiene otro objeto que inspirar confianza en la sinceridad de los propósitos del partido autonomista, y decir: este proyecto no es lo que es una ilusión, una quimera; es hoy una esperanza fundada, será mañana una realidad,

dadas las ideas que hoy inspiran y dominan al partido autonomista.

Pero cuando yo hube de recoger esta confesión patriótica, señor Presidente, y de acentuar esta solemne declaración de uno de los hombres más caracterizados y de mayor influencia en el partido autonomista, para dar así mayores probabilidades de éxito al pensamiento mismo de la Comisión, vinculando á él, desde luego, á quien en nombre propio, y deberá suponer también, como órgano caracterizado de aquel partido, hacía semejante confesión, resultó que el pecador permanecía impenitente, que el partido autonomista no estaba de todo punto contrito y resuelto á fijar la Capital en Buenos Aires, y que apenas si el señor miembro informante podía hablar de sí y de dos ó tres personajes más, de influencia en aquel partido, sin poder tomar á su cargo y bajo su responsabilidad la conducta ulterior del mismo, por no ser á este respecto uniforme y decidida la opinión de sus miembros principales.

De esta suerte, señor Presidente, desapareció desde aquel mismo instante la única base de probabilidad en que descansa el proyecto en discusión, que en vano se pretende llamar proyecto de ley, y que solo es una promesa vana de hacer la Capital en Buenos Aires, sin que este pensamiento tenga carácter y fuerza obligatoria de ley, ni revista otra autoridad que la que toma de sus formas externas de una ley de Capital.

Pero esta pretendida ley de Capital, según se desprende de los propios términos, es imposible en el modo que se propone. El proyecto comienza por declarar á la ciudad de Buenos Aires Capital de la República lo que importa establecer un hecho de presente, y concluye por referir ese hecho al futuro diciendo que él no tendrá lugar sino cuando la Legislatura de la provincia acepte esta declaración y consienta en la realización de este hecho, y que, mientras tanto, este hecho no existe ni la ley es ley de la Nación.

Yo diría así, señor Presidente, que el pensamiento se confunde y que hasta el idioma se resiste y gime al pretender dar la ley de Capital en el modo y forma que indica el proyecto en discusión. El dice: «Declárase (de presente) Ca-

pital de la República al municipio de la ciudad de Buenos Aires bajo sus límites actuales, y después (de futuro) que se haya cumplido el requisito constitucional de que habla el artículo 8.º de esta ley.

El *declárase* y el *después*, el *presente* y el *futuro*, ligados y confundidos en una sola acción, y existiendo simultáneamente, es una cosa incomprensible, un imposible en sí mismo, como es imposible é incomprensible la ley que por este medio se trata de establecer, y que de esta suerte es y no es ley al propio tiempo.

Había dicho en la sesión anterior, señor Presidente, que este proyecto era inconstitucional en el fondo, y aunque no me había extendido en detenidas consideraciones sobre esto, dije entonces lo bastante, refiriéndome además, á ideas que tenía ya anticipadas, que no han sido contestadas, y que no quería reproducir extensamente para demostrar de nuevo cómo el artículo 3.º de la Constitución no requiere la *previa cesión* de la ciudad que haya de designarse para Capital; y como, en todo caso, los mismos que interpretan el artículo constitucional en el sentido de ser indispensable esta cesión, habían entendido siempre, y debían entenderlo también ahora, que ella debía ser *previa* á la ley que sobre esto dictare el Congreso, porque evidentemente partían del principio de que sin esa *cesión previa*, el gobierno federal carecía de autoridad ó atribución constitucional para dar la ley de la Capital, de suerte que venía á ser así indispensable que el Congreso recibiera esta autoridad y fuese investido de esta atribución por la Legislatura de la provincia en cuyo territorio existiese la ciudad que hubiera de declararse Capital, siendo esta *previa cesión* una condición *sine qua non* requerida por la Constitución, viniendo así á resultar que este proyecto es al punto de vista de sus propias ideas de todo punto inconstitucional, y que el Congreso no puede hoy dar esta misma ley anticipándose á la cesión, y sin tener por la Constitución las atribuciones mismas que pretendé ejercitar al querer dar de esta suerte una ley de Capital.

Este proyecto es, pues, doblemente inconstitucional aun al punto de vista

de los que así interpretan el artículo 3.º de la Constitución, y lo es mucho más al punto de vista de mis propias opiniones cuando sostengo que no es en manera alguna necesaria la cesión de la ciudad que haya de declararse Capital por una ley especial del Congreso y no de la Legislatura provincial; pues esta primera parte del artículo 3.º de la Constitución que habla de la ciudad en que han de residir las autoridades nacionales y ha de declararse Capital, no está sujeta al requisito de la previa cesión de que habla el artículo en su segunda parte cuando trata del territorio.

Mi pensamiento claramente manifestado, y á mi juicio, suficientemente fundado, consistía en sostener como sostengo que el Congreso tiene plena y completa autoridad para dictar por sí mismo esta ley, sin necesidad de ocurrir á la Legislatura de la provincia en consulta de su voluntad, en demanda de la cesión de la ciudad de Buenos Aires, y en requisición de atribuciones que tiene por la Constitución misma para fijar la Capital por medio de una ley—A todo esto responde el proyecto de ley que entonces presenté, y cuya suerte conocía de antemano y manifesté á la Cámara diciendo que no obtendría ni los honores de la discusión.

—A todo esto solo se me ha contestado que estoy solo en mis opiniones.—El señor miembro informante de la Comisión, sin impugnar mis raciocinios se ha limitado á enrostrarme que me encuentro solo, y de esto ha hecho su único argumento contra mis observaciones, sin tomarse el trabajo de demostrar que son falsas ó erróneas. El ha llegado hasta calificarlas de revolucionarias y condenarlas como tales; y con fina ironía y su gran talento ha tratado de comprometer mi situación personal, ya de suyo harto comprometida en este debate, recordándome que no tenía el apoyo de mi honorable colega por Santa Fe, cuando sostenía que el Congreso tiene plena autoridad legislativa para fijar la Capital en cualquiera ciudad de la República sin necesidad de la previa cesión de la respectiva Legislatura de Provincia.

Sí, señor Presidente, lo reconozco; estoy solo, completamente solo en esta ocasión!

No tengo la razón del número!

No tengo la razón del presente; pero séame permitido creer que me asiste la razón del porvenir!

Otros tienen en este momento la razón del número, pero no está la razón en el número de los que defienden una causa, sino en esta misma!

Yo voy á recordar á este propósito ciertos hechos culminantes de la historia, y para salvar los inconvenientes de mi posición personal al hacerlo, debo anticipar la idea de que es lícito usar de grandes ejemplos aun en las cosas pequeñas *licet in parvis, exemplis magnibus uti*.

Anticipo desde luego esta observación para que no se me pueda colocar en una posición personal embarazosa, cuando recuerdo que Galileo, señor Presidente, solo en presencia de los hombres de la ciencia, sólo ante los sabios de su siglo, afirmaba contra ellos el movimiento de la tierra. Aquellos tenían la razón del número, y su sin razón del presente fué la razón del porvenir.

Solo se encontraba también Colón, en presencia de los sabios y de los grandes de España cuando anunciaba la existencia de un nuevo mundo. La razón del número encontró en Colón un visionario nada más; pero el nuevo mundo estaba allí, y á la grandiosa inspiración de Colón deben hoy su existencia civilizada las naciones de América, y debemos nosotros mismos nuestra propia existencia.

Y para venir á ejemplos que más directamente se relacionan con la materia de este debate, diré por fin, que durante más de medio siglo se creyó por todos que la Constitución de Estados Unidos consagraba la esclavitud del hombre, hasta que un día Lincoln encontró que aquella Constitución declaraba en su preámbulo que era instituida para asegurar la libertad á todos los hombres de la tierra, y la esclavatura fué declarada inconstitucional, y desapareció siendo hoy una realidad la libertad del esclavo, después de haberse inundado en torrentes de sangre la Unión Americana para hacer prevalecer esta declaración de su Constitución en favor de la libertad humana.

Tal es la razón del número, señor Presidente!

Pero yo debo decir que no estoy solo en esta cuestión. Aunque mi voto sea aislado en el Senado, tengo fuera de él la opinión de hombres competentes, de publicistas notables de la República Argentina y de la Unión Americana—en que poder apoyar mis opiniones; y sobre todo tengo el sentimiento y la voluntad de la Nación entera en su anhelo de resolver esta cuestión que no puede ser entorpecida por la voluntad de un partido ó de una Legislatura de Provincia.

Se ha dicho que no hay un solo argentino que piense de distinto modo en cuanto á la idea de resolver esta cuestión y de fijar la capital en la ciudad de Buenos Aires. Si esto es así; si este es el pensamiento y la voluntad del pueblo argentino, esto es la Ley, señor Presidente; y si esta es la voluntad y la ley de la Nación entera, no reconozco en pueblo alguno, ni en Legislatura ni en poder alguno dentro de ella, autoridad suficiente para oponerse á esto que es la voluntad del pueblo argentino, que es la Suprema ley de la Nación.

Creo que en tales condiciones, señor Presidente, librar esta cuestión al azar de los partidos, encomendar su resolución á la influencia de uno de ellos en el Gobierno y en la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, sin usar la facultad que la Constitución pone en manos del Congreso para dar la *Ley de Capital*, es algo muy irregular, algo que en política no tiene explicación, tanto más cuanto que después del último discurso del señor Senador por Buenos Aires, miembro informante de la Comisión, hemos visto desaparecer hasta el último gaje de seguridad, la sola garantía de probabilidad en la realización de este proyecto, al creer que el partido autonomista de Buenos Aires dicte en la Legislatura de esta Provincia la ley que haga de esta ciudad la Capital, y que el Congreso no dicte en esta ocasión.

Yo debo observar contra esta creencia, señor Presidente, que no hay en la actualidad un solo hecho que demuestre que ese partido está dispuesto á dar en la Legislatura de la Provincia la Ley de Capital.—Si ese partido contrariando su política tradicional á este respecto, su bandera y su programa de partido, estuviere resuelto á esto; si fuera sincera la adopción de este

propósito en él, la cuestión que hoy estaría sobre el tapete, no sería ciertamente la cuestión de Capital de la República, sino la de capital de la Provincia, y sólo se trataría y discutiría en la opinión pública el punto en que hubiera de establecerse la nueva Capital de Provincia.

Esta sería la cuestión que preocupase hoy la opinión; pero nadie se preocupa de esto en la Provincia de Buenos Aires, ni el partido autonomista dice á este propósito nada que demuestre que realmente piensa en ceder la ciudad de Buenos Aires para capital de la Nación por medio de su influencia en la Legislatura; y no se trata de aquello porque no se piensa en esto.

El partido autonomista al reconstruirse ni siquiera ha consentido en modificar su denominación, para no comprometerse en lo más mínimo.

Ha conservado esa denominación resistiendo otras que le dieran un carácter más nacionalista, para conservar con el nombre su tradición, su antigua bandera en esta cuestión, y para que se comprendiera así que no se apartaba de ellas. Conservando su antigua denominación ha conservado su programa; y ha hecho de su solo nombre una protesta contra la idea de federalizar á Buenos Aires.

En estas condiciones, señor Presidente, yo no puedo abrigar las esperanzas que otros manifiestan sobre la suerte que esté reservada á este proyecto; y aunque me encontrara solo, completamente solo, votaría contra él, porque sancionándolo con mi voto, no doy al país una ley de capital, y mucho menos la ley de que habla la Constitución, pues solo sancionaría una ilusión, ó si se quiere una esperanza pero descolorida y seca, diré así.

Señor Presidente, yo estoy solo en esta cuestión. No tengo ni siquiera el voto de mi honorable colega el señor Senador por Santa Fe que disiente conmigo en opiniones en cuanto á la necesidad de la previa cesión de la ciudad que ha de declararse capital.

Sr. Argentó—En eso sólo estamos disconformes; en todo lo demás estamos de acuerdo.

Sr. Pizarro—Me felicito de ello.

Yo estoy solo, decía, en esta cuestión; pero como el árabe perdido en las sole-

dades del desierto, que sepulta en las abrasadoras arenas la semilla del dátil que ha satisfecho su hambre, y que al andar del tiempo se convierte en palmera que cobija con su sombra desconocidas generaciones, así yo, señor Presidente, quiero enterrar en esta discusión mis opiniones, seguro de que ellas se abrirán paso un día, y á su sombra se cobijarán también numerosas generaciones en una Nación grande y feliz.

No serían estas ideas una inspiración mía: yo no hago más que reproducirlas: son la obra de los tiempos que llegan, y el resultado del estudio y del esfuerzo de todos. Son hoy la aspiración general y dominan el sentimiento público en toda la Nación. El sentimiento de la nacionalidad de que nacen estas ideas toma día á día nueva consistencia. Estas ideas y sentimientos han podido permanecer veladas para algunos en la ciudad de Buenos Aires; pero una nueva luz clarea en los horizontes de la patria, y á su brillo marcha la Nación entera. Los últimos acontecimientos que para muchos parecerían irrealizables, se han producido, y ellos deben hacer caer la venda que cubre sus ojos.

Es esta, efectivamente, una época de revolución y mis ideas son realmente revolucionarias. Es una revolución larga y lentamente elaborada en las ideas y en los sentimientos, de esto pueden ser testigo los hombres de todos los partidos. Es una evolución á que no ha podido substraerse por completo el mismo partido autonomista, que en fuerza de estas ideas y sentimientos que se imponen en la Nación entera, paga hoy tributo á la opinión reconociendo la necesidad de resolver ya esta cuestión, fijando en la ciudad de Buenos Aires la Capital de la Nación.

Por lo demás, señor Presidente, yo sé que hay una opinión formada en la Cámara con relación á este proyecto; sé que mi palabra no conseguirá modificarla, y que abuso al ocupar por más tiempo su atención.

Concluyo, pues, diciendo para no molestarla declarando que votaré contra el proyecto en discusión.

Sr. Ministro del Interior—Señor Presidente: el miembro informante de la Comisión, á quien se ha referido el señor Senador por Santa Fe, no está presente, y los demás colegas de Comisión

no han tomado la palabra. Entonces por la parte que se refiere al Poder Ejecutivo de la Nación, cúmpleme levantar algunas de las aseveraciones y apreciaciones inexactas ó equivocadas hechas por el Senador respecto al alcance del proyecto del Poder Ejecutivo, tanto respecto del fondo como de la forma.

Principiaré por reconocer la exactitud de la última aseveración que ha hecho el señor Senador.

La nacionalidad argentina se acentúa más de día en día, y es natural entonces que todo lo que constituye sus elementos propios y el elemento extranjero que, en algunas partes es más de la mitad de la población nativa, todo lo que constituye los elementos que se radican en una palabra, todo lo que constituye la vida nacional, exige una base de estabilidad.

No puede negarse, señor Presidente, que entre todas las cuestiones, la más importante es la que se relaciona con el establecimiento de la Capital en la ciudad de Buenos Aires.

El señor miembro informante de la Comisión hacía notar que todas las nacionalidades acentuadas en el mundo, habían ligado su nombre, su existencia y su historia á una gran ciudad, y esta es la verdad, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos.

No quiero entrar á hacer una reseña demasiado larga; pero no puedo prescindir de los hechos contemporáneos.

No hay más que una nacionalidad que tenga una capital nueva, que tiene ya la forma de una gran ciudad: son los Estados Unidos, cuya Capital es Washington.

Las demás naciones, como se ha dicho, tienen grandes ciudades y acentuada su propia nacionalidad.

La capital viajera de la Suiza, ha causado perturbaciones y guerras, y recién hace seis años que se ha resuelto esta cuestión, estableciendo definitivamente la capital en Berna.

La Italia no ha recuperado su antigua importancia, sino cuando su gobierno se ha reorganizado en Roma.

Así, señores, nosotros, al seguir este ejemplo de las naciones más importantes de la tierra, no hacemos más que llenar nuestra misión satisfaciendo el interés nacional.

No quiero dejar pasar inapercibidas algunas palabras del señor Senador por Santa Fe, al interpretar como una ley nacional, ó algo como una ley, la voluntad del pueblo argentino, porque no quiero dejar pasar como aceptable la idea de que la voluntad de las mayorías debe tomarse como una ley.

¡Desgraciado del pueblo que, interpretando la opinión de las mayorías, que no se basen en la ley, la establece como ley y sujetan todos sus actos á esa voluntad que ellos reputan la ley!

Si á eso se refiere el señor miembro informante de la Comisión, doctor Rocha, cuando ha llamado á esa idea revolucionaria, no tengo inconveniente en aplicarle también la misma palabra, por más dura que ella sea, y por mucha que sea la consideración que tenga por el señor Senador por Santa Fe.

No hay más leyes para un país que las que forman su Constitución y su derecho positivo. Fuera de ella no existen otras leyes.

El artículo constitucional á que se refiere este proyecto, tiene su historia, historia argentina, historia nuestra.

El artículo 3.º de la Constitución, fué uno de tantos que llamó á su juicio la Convención provincial de Buenos Aires y que fué aclamado en la Convención de Santa Fe. Cuando se modificó en la Convención de Buenos Aires, expresa y deliberadamente fueron agregadas estas palabras: «previa consulta á la Legislatura respectiva.» Es decir, que á sabiendas, con el consentimiento de la convención de Santa Fe, se aceptaba que era necesaria la previa cesión de la Legislatura para declarar Capital de la República á la ciudad de Buenos Aires.

No hay otra ley fuera de esta, ni puede modificarse esta ley por otra del Congreso; sería necesario una Convención especial para poder modificarla, es decir, sería necesario que el Congreso argentino convocara una Convención constituyente, previos los dos tercios de votos, para reformar la carta fundamental.

De modo, pues, señor Presidente, que cuando se dice que es en nombre de una ley, que se quiere eludir el consentimiento de la Legislatura de Buenos Aires, yo digo, no señor, que se quiere

eludir en nombre de un capricho, no de una ley.

Se dice también que es una ley monstruosa, por cuanto principia estableciendo que la Capital será Buenos Aires; pero en el artículo 8.º se dice que esta ley tendrá vigencia cuando se haya sancionado su aceptación por parte de la Legislatura de Buenos Aires.

Pero, señor Presidente, como vamos á poner en tiempo futuro una ley que siempre es preceptiva? Es claro que aun cuando se refiere á un hecho que está para venir, tiene que decir siempre *declárase*; porque de otra manera habría que dar otra disposición nueva para que viniera á ley después de aprobada esta por la Legislatura de Buenos Aires.

¿Qué podría observarse á este respecto? ¿Que no existe la Legislatura de Buenos Aires, que las sesiones ordinarias del Congreso van á terminar? ¿Que cumple hacer al Poder público?

El Poder Ejecutivo que ha sentido tanto como los señores senadores, y, tal vez más que todo el país, la necesidad de resolver esta cuestión capital, no encontró otro medio que presentar esta ley, tomando todas las precauciones necesarias para que la Legislatura de Buenos Aires no la eluda. ¿Qué precauciones pueden ser éstas? Es la palabra empeñada ante el Presidente de la República por los honores más eminentes del partido autonomista.

Y yo digo; un partido nacional que ha pretendido dominar en la Provincia de Buenos Aires, y yo tengo derecho de hablar de estos partidos, porque jamás me he mezclado, ni me mezclaré en adelante, en ellos, un partido que hace públicamente esta promesa al Presidente de la República, ni merecería gobernar la Provincia de Buenos Aires, ni llamarse partido nacional, si después de esta discusión y de estos antecedentes negara el Municipio de Buenos Aires para Capital de la República.

No abogo por los antecedentes de ese partido, ni por ningún otro; pero sí diré, señor Presidente, que en los días de conflicto para la Nación, los miembros de ese partido político son los que han estado del lado del Presidente de la República.

Yo no sé si son mayoría, si tiene tra-

diciones que le hagan aceptable para gobernar, como partido nacional; pero si sé que en los días de conflicto ha estado del lado de la Nación y le ha ayudado, y creo no equivocarme al decir que una vez en el poder, la Legislatura no ha de negar el Municipio de Buenos Aires para Capital de la República.

Por lo demás, señor Presidente, creo que nos extraviamos un poco en la discusión.

Me parece que todos estamos convencidos de que ha llegado el momento de resolver esta cuestión y de que es necesario que tengamos Capital: todos reconocemos que esa Capital debe ser la ciudad de Buenos Aires.

Estando, pues, todos los pensamientos de acuerdo debemos votar el proyecto en general, y reservar la discusión para cuando lo tratemos en particular.

Sr. Igarzábal—Pido la palabra.

El señor Ministro del Interior comenzó el discurso que acaba de pronunciar, extrañando el silencio que guardaban los miembros de la Comisión ante las objeciones del señor Senador por Santa Fe; es únicamente esta extrañeza que me obliga á tomar la palabra para disculpar á la Comisión, que no la considero en el caso de remover el debate de la sesión anterior.

A lo que el señor Senador por Santa Fe ha dicho, no hay más que observar sino que el señor Senador no ha agregado nada nuevo sobre lo que había manifestado en la sesión anterior en oposición al proyecto que recomienda la Comisión especial á la aprobación de la Cámara.

Y aunque el señor Ministro extrañe la falta de réplica no la extrañará el señor Senador por Santa Fe, desde que el señor miembro informante en la sesión anterior, había terminado el debate rebatiendo por completo las ideas de dicho señor Senador.

El señor miembro informante de la Comisión leyó el final del artículo 3.º de la Constitución que prescribe que para que sea federalizada una ciudad cualquiera del territorio de la República, se requiere el consentimiento de la Legislatura de la provincia á que ella pertenezca.

Ante esta cláusula no puede haber dos opiniones, y está demás toda discusión.

Es inútil cualquier esfuerzo en contrario; con solo esta lectura se echaba por tierra todo el discurso del señor Senador.

El señor Senador invocó una prescripción del Código Civil; aquella cláusula en virtud de la cual todo derecho sea de corporación ó de individuo, calla en presencia de una ley de orden público.

Sr. Pizarro—Recordé un principio de legislación universal.

Sr. Igarzábal—El señor Senador olvidaba que las prescripciones del Código Civil no pueden aplicarse al caso de la Capital de la República.

Sr. Pizarro—Es un principio de legislación universal, de legislación política, administrativa, en el orden criminal, en todos los órdenes del derecho: es la expresión del derecho natural, había dicho.

Sr. Igarzábal—A eso se le contestó que no hay legislación universal que valga en presencia de una cláusula expresa de la Constitución Nacional.

Sr. Pizarro—Es cuestión de apreciación.

Sr. Igarzábal—Al señor Senador Argentó se le demostró también, que la sesión previa á que se refiere la Constitución, no es ni podría ser con anterioridad á la sanción de la ley.

Sr. Argentó—¿Quién ha demostrado eso?

Sr. Igarzábal—El señor miembro informante de la Comisión.

Sr. Argentó—No me demostró nada.

Sr. Igarzábal—Pues yo se lo demostraré.

El señor Senador dijo que hasta la construcción gramatical del artículo 3.º venían en apoyo de sus ideas. Yo le voy á demostrar que ni la construcción gramatical, ni la filosofía de la cláusula, ni la historia de la cuestión Capital, están en apoyo de esas ideas.

Respecto á la construcción gramatical, basta hacer una observación. La cláusula que dice: «por una ley especial del Congreso» no es más que un complemento ordinario de la proposición incidental «que se declare Capital de la República»; y toda esta proposición in-

cidental «que se declare Capital de la República por una ley especial del Congreso», puede ser completamente suprimida, lo que prueba que la idea principal no es esta, sino la de que, «las autoridades que ejercen el gobierno federal» residan previa cesión de la Legislación interesada.

Sr. Argentó—¿Dónde han de residir? ¿En el aire?

Sr. Igarzábal—En la capital.

Sr. Argentó—Para residir en la capital se necesita la ley.

Sr. Igarzábal—Las palabras «por una ley especial del Congreso» están en el artículo de la Constitución por incidente, y sólo sirven para explicar donde y como deben residir las autoridades nacionales.

Sr. Argentó—Ese es un argumento de conveniencia.

Sr. Igarzábal—No, señor; esto prueba que la idea principal de este artículo es esta: las autoridades que ejercen el Gobierno Federal residen en la ciudad.

Sr. Argentó—Será por una gramática del señor Senador.

Sr. Igarzábal—Esta interpretación la dará cualquiera que sepa gramática castellana.

Respecto á la filosofía del artículo, diré solamente, que para que el señor Senador tuviera razón, sería necesario que nos demostrara que la Constitución ha querido que la Legislatura Provincial á que corresponde la cuestión, sea adivina como para ofrecer con anticipación á la ley del Congreso, el punto que haya de federalizarse.

Sr. Argentó—Yo no creo en adivinos.

Sr. Igarzábal—Aquí hay un dilema: ó se espera la votación del Congreso para saber cuál es el punto que elije, y entonces la cesión viene á ser después de la ley, ó se adivina cuál es el punto que se va á designar en el momento de votar definitivamente sobre la capital.

El señor Senador por Santa Fe olvida que el extenso territorio que está bajo la jurisdicción de catorce legislaturas provinciales, está exento de una designación definitiva de capital de la República, y que es imposible conciliar

su interpretación con la facultad del Congreso de dictar la ley y elegir el punto. Olvida que según esto, todos los puntos están negados como regla general y para que hubiese cesión previa como él la entiende, sería necesario catorce leyes que no exceptuaran ningún territorio provincial para acertar con la opinión del Congreso, lo que sería una destrucción de la restricción y garantía constitucional ó sino que requeriría lo que he dicho antes, que las catorce legislaturas de provincia sean adivinas como para que supieran el punto que el Congreso eligirá.

Sr. Argentó—No puedo creer semejante disparate.

Yo he dicho que se han puesto en práctica dos medios: una es la cesión espontánea, como lo ha hecho Santa Fe y Córdoba; y otro es el pedir previamente, como lo ha hecho el Senado pidiendo la ciudad de Buenos Aires.

Sr. Igarzábal—La historia tampoco está en favor de las ideas del señor Senador, porque el Congreso ha dictado la ley Capital y ha elegido el pueblo de Villa María sin que hubiera cesión previa de la Legislatura de Córdoba; el Congreso ha discutido muchas veces diferentes puntos para Capital de la República, y nadie ha hecho la objeción que hace el señor Senador por Santa Fe, que se necesita la cesión previa para que puedan ser Las Piedras, San Nicolás, Rosario, etc.; lo que prueba que no hay tal necesidad de permiso de una legislatura para discutir siquiera un punto para Capital, como sería necesario si se entendiese la Constitución como la entiende el señor Senador.

Sr. Argentó—El señor Senador ha citado un solo caso; y yo le he citado cinco.

Sr. Igarzábal—Quiero concluir cuanto antes, y desearía no me interrumpiera más el señor Senador.

Sr. Argentó—Soy tan nervioso...

Sr. Igarzábal—El proyecto está en discusión general; la idea de todos es la designación de un punto por Capital. Los señores senadores por Santa Fe han manifestado su conformidad con la federalización de Buenos Aires, luego ellos no pueden votar en contra de este proyecto en general.

El señor Senador doctor Pizarro, tendría que discutir en particular la cláusula que dice «previa cesión», porque él no quiere que se consulte á Legislatura alguna. Para ser consecuente con sus ideas, tiene pues que dar su voto en general por el proyecto, y en particular oponerse á la previa cesión.

Otro tanto digo del señor Senador señor Argento, después de la exposición y declaraciones que tiene hechas, diciendo que su opinión es que la ciudad de Buenos Aires debe ser la Capital de la República; tiene que votar en general por más que discuta en los detalles.

Y ya que he tomado la palabra, señor Presidente, haré algunas consideraciones generales que creo conviene cerrar este debate agriado por reproches inexplicables que el señor Senador Pizarro ha hecho á un partido político.

De lo que ha pasado con la cuestión Capital en la República Argentina durante setenta años, puede decirse más ó menos lo mismo que varios economistas dicen refiriéndose á ciertos errores económicos de épocas atrasadas, y esto explica bien lo que el señor Senador parece no comprender.

Macleod, por ejemplo, recuerda muy bien que en los tiempos de Carlos V y Souly, se inventó que lo que una nación ganaba, otras tenían necesariamente que perderlo; observa que con esta doctrina, por más de doscientos años, cada nación estaba interesada en la ruina de sus vecinos, y que este error fué causa de guerras sangrientas y de incalculable pobreza; y finalmente agrega lo que voy á leer rogando á la Cámara se digne oír palabra por palabra, pues es una pintura exacta y completa de lo que ha pasado en nuestro país con los errores de nuestros hombres—partidos políticos, respecto á la cuestión Capital durante el período que he recordado antes.

«El ridículo y palpable error en que se mantuvieron los hombres de Estado más consumados, por un período tan largo, debe mostrarnos con pasmo y humillación la debilidad de la sabiduría humana. Persiguiendo este fantasma imaginario, la tierra se ha cubierto de sangre, y las naciones se han visto precipitadas de la prosperidad á la ruina. ¡Sería laudable si el archivo men-

sajero pudiera borrar de las páginas de la historia un monumento tal de crímenes y locuras!—Es cierto que durante este período, algunos hombres de talento se apercibieron de lo absurdo de todo aquel sistema, pero fueron luces solitarias brillando en la obscuridad, y la obscuridad no los comprendió. Sus esfuerzos aislados fueron despreciados y olvidados, y sólo cuando una poderosa secta se levantó, se produjo una alteración en la opinión de la humanidad: honor es este que se debe incuestionablemente á Quesnay y los suyos. Ellos, los primeros, con un poder y autoridad que ha ido creciendo desde ese día á éste, proclamaron la doctrina de que toda Nación está interesada en la prosperidad y no en la ruina de sus vecinos, doctrina que habiendo sido desarrollada por escritores ilustres, produjo una revolución completa en las opiniones de la humanidad, y en la política de las más adelantadas naciones.»

Señor Presidente: Lo que acabo de leer está copiado de Macleod: lo advierto, para que los que conocen la historia de la cuestión Capital de la República Argentina vean que no es posible hacerla con más exactitud en tan pocas palabras y puedan encontrarse tentados de creer que son palabras inventadas.

En efecto, aquí están recordados nuestros errores de setenta años, porque Buenos Aires sea Capital de la República y porque no lo sea; aquí está enunciada la supuesta doctrina, la doctrina que ha hecho correr tanta sangre en la República Argentina: de que con la federalización, ganaba la ciudad lo que perdía la Nación, y ganaba la Nación lo que perdía la Provincia.

Aquí está todo lo que ha pasado entre nosotros. Macleod, historiando los antiguos errores económicos á que se refiere en las palabras que he leído, nos historiaba sin saberlo, y con sus elogios á esas lumbreras que aparecieron en medio de la obscuridad, me releva ahora del deber de decir algunas palabras en honor de Rivadavia y de todos los argentinos que, en diferentes tiempos, convencidos de que con la federalización de Buenos Aires ganaba la Nación, la provincia y la ciudad, han trabajado en pro de la idea, y han desa-

parecido de la escena política sin lograr su intento. Me ahorro asimismo el deber de hacer los merecidos elogios de la poderosa secta que se levanta en la época actual, de los Quernay de nuestra gran cuestión capital; del doctor don Nicolás Avellaneda y sus ministros; del doctor Rocha y de los que con él van á trabajar por la federalización de la ciudad de Buenos Aires; del doctor del Valle y de los demás que en las columnas de la prensa trabajan valientemente en el mismo sentido; en fin: el elogio merecido de todos los que ponen su brazo y sus facultades al servicio de la federalización de Buenos Aires, arrostrando responsabilidades que aunque hijas de preocupaciones y errores, son errores y preocupaciones de setenta años, tan fuertes ó arraigados que llevan el pecado de casi todos los males que el país ha sufrido durante ese período.

Señor Presidente: tres cuartos de siglo hemos pasado en contradicciones, más propias de generalidades ó tendencias de niños que de razonamientos y propósitos de hombres. La forma ha sido curiosa y ha de conservarla la historia: ¿Buenos Aires quería?—no querían las Provincias. ¿Quería la Nación?—no quería Buenos Aires.

En diferentes épocas hemos visto producirse estos hechos, porque instintiva é ignorantemente se creía que el que perdía ganaba, y el que cediese perdía.

Por esto viene bien, á mi juicio, las palabras de Macleod: «El ridículo y palpable error en que se mantuvieron los hombres de Estado más consumados por un período tan largo, debe mostrarnos con pasmo y humillación la debilidad de la sabiduría humana. Persiguiendo este fantasma imaginario, la tierra se ha cubierto de sangre, y la nación se ha visto precipitada de la prosperidad á la ruina».

Y todavía agrego con el mismo autor, que sería mejor que borrásemos de los archivos de la República Argentina los disparates que se han hecho y la historia de todo lo que se ha sufrido con motivo de los errores en que hemos vivido respecto de la cuestión Capital.

Y bien, los mismos señores senadores por Santa Fe que se han opuesto á detalles del proyecto, pero no á la idea principal, están probando que hemos

llegado á una época en que todos están convencidos de que con la federalización de Buenos Aires ganan la Nación, la provincia y la ciudad; todos estamos conformes en que está terminado ese período de errores en que hemos vivido creyendo que para que ganase la Nación era necesario que perdiese la provincia; y que para que ganase la ciudad era necesario que perdiese la Nación.

El partido conocido con el nombre de *Nacionalista* en la República Argentina, trabajó antes de la batalla de Pavón contra la federalización de Buenos Aires; pero después puso su influencia al servicio de esta idea, á la vez que era atacada por el partido autonomista. Hoy tenemos el hecho de que este partido está dispuesto á trabajar decididamente porque se realice la grande obra. ¿Quiénes han errado, quiénes abjuran? Yo digo todos, porque más antes y otros después, todos según los tiempos y las circunstancias han resistido la federalización de Buenos Aires, á lo que digo de los partidos de aquí, lo digo del mismo modo de los de las provincias, que según los tiempos, las circunstancias y los hombres les hemos visto pretender unas veces y resistir otras la Capital en Buenos Aires. Así yo digo que no es el día de desconfiar aconsejando insistir en lo que todos reconocemos hoy un grande error, sino el momento de echar un velo sobre el pasado, y concertar las fuerzas de todos para hacer marchar el país á sus grandes destinos. Todos estamos conformes en lo que hay que hacer sobre Capital de la República; pruébalo la misma actitud de los señores senadores por Santa Fe, que con sus declaraciones á favor de la federalización de Buenos Aires, nos indican claramente que este proyecto en general debe ser votado por aclamación.

—Aplausos.

Sr. Leguizamón—Pido la palabra.

Como miembro de la Comisión especial, y en ausencia del miembro informante de ella, yo tampoco usé de la palabra para contestar á mi honorable colega por Santa Fe, porque, á mi juicio, la exposición del miembro informante quedaba subsistente en todas sus partes al fundar el dictamen de la Comisión.

No se ha contestado á uno solo de sus argumentos: sólo se ha expresado que era una ley inconstitucional la que íbamos á dictar que había una irregularidad en ella, etc., etc., etc.

Pero, señor, es también una regla de buen sentido que á cualquiera se le ocurre decir: ¿Es malo, puede ser inconstitucional que la Nación Argentina tenga su Capital? ¿Se ataca en algo á la Constitución con que digamos por fin—que Buenos Aires histórica, geográfica y tradicionalmente es la Capital de nuestro país, y que lo declaremos hoy? ¿Es esto por ventura inconstitucional? ¿Qué razones se darán para que se venga á decirnos que la Constitución es un estorbo para que se realice nuestra organización política, para que se complete al fin, después de setenta años la organización definitiva de nuestro país?

No, señor Presidente.

No hay necesidad de ir á buscar en un libro de leyes una que pueda oponerse á tan justa aspiración sino apelar á la razón, poner la mano en la conciencia y en el corazón y decir: ¿qué es lo que tenemos que hacer en estos solemnes momentos?

Resolver esta cuestión Capital conforme lo manda la Constitución que es la ley que nos obliga á todos y conforme lo desea la opinión. ¿Entonces á qué promover cuestiones inconducentes?

¿A qué traer complicaciones, cuando tratamos de satisfacer una aspiración que desde hace cincuenta años tiene el pueblo argentino?

Creo, señor Presidente, que el miembro informante de la Comisión, aunque solo haya rozado la cuestión Capital, la ha tocado sin embargo brillantemente, la ha planteado de un modo cumplido y toda cuestión bien planteada tiene que resolverse de por sí: no necesita argumentación. El lo ha dicho muy bien: más de doscientos años hace que Buenos Aires es el único puerto que han tenido todas las gobernaciones del Virreinato del Perú. Por consiguiente, Buenos Aires hoy viene á representar el concurso diré así, del esfuerzo común de casi toda la América meridional, y mal podría entonces, como se dice vulgarmente, alzarse hoy con el santo y la limosna y dar la espalda en este momento solemne ¿á quién? Precisamente

á aquellos que quedamos siempre con el pueblo de Buenos Aires; y esto después que se echaron suentes sobre los destinos de nuestro país ni más ni menos como lo hicieron los judíos con la túnica del Redentor, pues nosotros hemos sido también redentores de muchos de los que han contribuido á engrandecer á Buenos Aires—y después se repartieron nuestros despojos.

Si esto es una verdad, si está en la conciencia de todos lo que dejo expuesto aunque ligeramente ¿qué puede ahora decirse de nuevo en esta cuestión?

Absolutamente nada, señor presidente.

Todo el mundo tiene la conciencia de que la ciudad de Buenos Aires tiene que ser la Capital de la República; y yo quisiera ver, lo diré ahora, ya que se han tocado las cuestiones políticas que nos dividen, ya que han venido, aunque por el derecho de la fuerza, á imponerse en la Constitución nacional diferencias que realmente son odiosas, quisiera ver, decía, las caras á aquellos que van á negar la ciudad de Buenos Aires para que sea declarada Capital de la República: estoy seguro que muy guapos, muy valientes tienen que ser para arrosstrar semejantes responsabilidades como les traería su negativa. Tendrían que romper nuestra historia, nuestra tradición y hasta nuestra canción nacional, que, como es sabido, dice: «Buenos Aires se pone á la frente de los pueblos de la ínclita Unión», como siempre lo estuvo y tiene que estarlo.

¿Qué más sucedería?, señor presidente.

Sucedería que tendríamos que sacar de aquí todas las gloriosas reliquias de nuestras glorias patrias, á esos trofeos nacionales, que adornan los templos de la capital para llevarlos á otra parte donde se fuese la autoridad nacional.

¿Y consentiría esto el pueblo argentino? No, señor; y muy especialmente no lo consentirían los hijos del pueblo de Buenos Aires. Por lo menos, así deseo creerlo.

Por consiguiente, de completo acuerdo con la moción del señor Senador por San Juan, mi honorable colega de la Comisión, la apoyo, señor presidente, para que esta ley, que viene discutiéndose desde hace sesenta años, sea aclamada en general y particular, porque

no tiene nada de particular en sus detalles, y es grandiosa en su propósito.

Sr. Presidente—Se va á votar si se da el punto por suficientemente discutido.

—Se vota y resulta afirmativa.

—En seguida se vota en general el proyecto y es aprobado por afirmativa contra dos votos.

—Se pasa á considerar en particular, leyéndose el artículo 1.^o

Sr. Rocha — Haría indicación para que pasemos á un cuarto intermedio, porque la Comisión desearía conferenciar sobre algunos detalles de este proyecto.

—Aceptada dicha indicación, pasa la Cámara á cuarto intermedio.

—Vueltos á sus asientos pocos momentos después los señores senadores, continuó la sesión, pasándose á considerar el artículo 1.^o

Sr. Pizarro—Quisiera que los miembros de la Comisión me dijeran cuál es la importancia de esta última parte del artículo: «y después que se haya cumplido el requisito constitucional de que habla el artículo 8.^o de esta ley».

¿A qué viene esto si en el artículo 8.^o se dice: Esta ley solo regirá una vez que la Legislatura de Buenos Aires haya hecho la cesión competente prestando conformidad á sus cláusulas con arreglo á lo dispuesto en el artículo 3.^o de la Constitución Nacional?

Me parece que hay exageración en esto, que hay sobre abundancia y que quedaría más correcto el pensamiento, suprimiendo esta segunda parte del artículo 1.^o

Sr. Igarzábal—Es para poner en relación los dos artículos.

Sr. Pizarro—Es que todos los artículos de una ley son correlativos de la misma, y hasta pone el idioma en tortura.

Sr. Igarzábal — Si el idioma está en tortura, le admito cualquiera indicación para perfeccionar el sentido del artículo.

Sr. Pizarro — Es repetir una misma cosa; y creo que quedaría más correcto, terminándolo en las palabras «actuales», quedando así: «Declárase Capital de la República el Municipio de la ciudad de

Buenos Aires, bajo sus límites actuales».

Por lo demás, de que haya de ser después de la cesión de la Legislatura, ya lo dice el artículo 8.^o cuando expresa que «esta ley sólo regirá una vez que la Legislatura de Buenos Aires haya hecho la cesión competente, prestando conformidad á sus cláusulas...»

Por eso es que creo que no tiene objeto la última parte del artículo 1.^o

Sr. Rocha—Por mi parte no tengo inconveniente en que se suprima; pero no sé si los otros miembros de la Comisión están conformes. El pensamiento es el mismo, y toda la ley está sujeta á esta condición establecida por la Constitución.

Sr. Del Viso—Puede ser que la redacción no fuera tan completa; pero nada importa que en un artículo de la ley se haga referencia á otro artículo que se liga estrechamente con este. Esto se hace en todas las leyes, y en esta no altera el orden que se ha querido dar á la redacción. Así es que para mí no veo inconveniente en que quede el artículo tal como está.

Si bien la redacción puede ponerse en otra forma, no se puede tratar de la declaración de la Capital de la República sin desde luego decir que ha de hacerse la cesión, porque son dos ideas correlativas.

Por esta razón creo que el artículo está bien tal como está; y yo insistiré en él no obstante el señor Senador propone la supresión de la última parte.

Sr. Pizarro—No propongo nada.

Sr. Ministro de la guerra (Dr. Pellegrini)—Como es la redacción del Poder Ejecutivo, yo debo manifestar que al redactar esta ley, se ha hecho teniendo presente el artículo constitucional; y esta redacción sólo responde á esa presión que sobre los redactores del proyecto estaba ejerciendo el artículo de la Constitución, y desde el primer artículo —que es toda la ley—se ha querido consignar que esta ley debe sancionarse con arreglo á lo prescripto en la Constitución. Comprendo, sin embargo, que suprimiendo la parte que indica el señor Senador, queda la ley tan completa como antes. Así es que por parte del Poder Ejecutivo no habría inconvenien-

te alguno en que se modifique en el sentido propuesto.

Sr. Leguizamón—Yo he de votar porque se conserve el artículo en los términos que ha sido presentado, porque así lo ha pasado el Poder Ejecutivo, así lo ha despachado la comisión, así lo conoce todo el mundo y así esta idea está encarnada en la sociedad entera, y cualquiera supresión ó aumento que se hiciera al artículo ocasionaría alguna perturbación que produciría cavilidades ó haría creer que en este asunto se piensa ahora de distinto modo.

Por estas simples consideraciones, aun cuando sobreabundara el artículo, yo estaré porque se vote tal cual lo ha presentado el Poder Ejecutivo y despachado la Comisión.

Sr. Paz—Pido la palabra.

Es simplemente para declarar como miembro de la Comisión, que para mí me es completamente indiferente que se conserven ó supriman las palabras finales del artículo. Encuentro que nada ganaría la ley con que se conservasen ni que absolutamente nada perdería si se suprimiesen. Vino con esta redacción del Poder Ejecutivo, y la Comisión, que no la encontró mala ni que afecta para nada á lo correcto de la disposición legal de la ley, la aceptó y la ha dejado así.

Sr. Pizarro—Yo no tengo interés en que se suprima.

—En seguida se da el punto por suficientemente discutido.

Sr. Civit—Ruego que se haga la votación por partes, porque estoy por la supresión de la última parte.

Sr. Presidente—Se va á votar la primera parte hasta el punto indicado por el señor Senador por Santa Fe.

—Se vota y resulta aprobada.

—Votada la segunda parte, es rechazada.

—Se lee el artículo 2.º

Sr. Pizarro—Desearía saber del señor miembro informante de la Comisión si por este artículo los edificios municipales que conservan el carácter de tales, quedan bajo la jurisdicción del Gobierno Nacional?

Sr. Rocha—Sí, señor: quedan bajo la jurisdicción del Gobierno de la Nación, pero con su carácter municipal.

Sr. Pizarro—Pefectamente.

—Se vota en seguida el art. 1.º y es aprobado, leyéndose el artículo 3.º

Sr. Pizarro—Sobre este artículo podría la comisión darnos algunas explicaciones.

¿El Banco queda sujeto á la Legislatura de la Provincia ó á la legislación exclusiva del Congreso? ¿Conserva sus privilegios?

Sr. Rocha—El Banco queda en la misma situación actual, porque el Poder Ejecutivo, que sometió este proyecto al Senado, y la Comisión han creído que no debían complicar la resolución de la cuestión capital ni que era prudente hacerlo, y, por consiguiente, si sólo se trataba de establecer la Capital de la República, no debíamos complicarla con otras cuestiones muy graves y que difícilmente podrían ser resueltas de una manera satisfactoria en estos momentos.

Sobre el Banco, pues, nada se ha innovado. Esta es la mente de la Comisión y la respuesta que en su nombre doy al señor Senador.

Sr. Pizarro—Pero supongo que el Poder Ejecutivo lo que ha deseado constituir por este proyecto es la Capital de la Constitución, en la que no se ejerce otra jurisdicción que la nacional, según lo dispone la misma Constitución; en la que todo lo que en ella reside está sujeto á la legislación exclusiva del Congreso. La jurisdicción del Gobierno Nacional es única en el territorio de la Capital, y en tal caso, aun cuando el Banco haya de quedar como una propiedad particular de la Provincia de Buenos Aires y haya de conservar ésta su dominio y dirección interna, la legislación que ha de ejercerse sobre materias bancarias, sobre privilegios, etc., sería única y exclusivamente la del Congreso.

Cuando el Congreso, en virtud de las facultades que le están conferidas por la Constitución, trate de legislar sobre estas materias, podrá oponérsele los inconvenientes de esta misma ley, que viene á reconocer cierta jurisdicción á

la provincia sobre sus bancos, sobre sus instituciones de crédito, según su constitución actual con sus privilegios, sin que pueda en tal caso el Congreso proveer al establecimiento de un Banco Nacional, á las modificaciones del mismo Banco de la Provincia, dado que haya de continuar establecido en la Capital, lo que viene á crear de esta suerte una capital en que, contra las mismas disposiciones expresas de la Constitución, la jurisdicción del Gobierno Nacional no es única y exclusiva y en que hay coexistencia, es decir, el ejercicio de una doble jurisdicción, local y nacional á la vez.

Esto, al punto de vista constitucional, tiene graves inconvenientes y al punto de vista económico, mayores, y sancionarlo en estos momentos, es crear para el porvenir perturbaciones que han de darnos dolores de cabeza, señor Presidente, y que han de concluir por producir hechos como los que hemos tenido la desgracia de presenciar y que se han de repetir sólo por no dar un corte decisivo y no querer hacer la Capital de la Nación con las atribuciones propias y exclusivas del Gobierno General en ella, tal cual la razón de nuestros hombres públicos la han concebido y la deseamos todos.

Yo estoy decididamente en contra de este artículo. Sé que hoy no prevalecerán mis observaciones, pero quiero dejar huellas de estas opiniones en las actas, y por eso he tomado la palabra, para enunciarlas simplemente, pues sé que fatigo inútilmente la atención de los señores senadores que desean terminar este asunto.

Quería hacer esta indicación para que constase en la discusión de este asunto.

Señor Presidente: el Senado ha podido apercibirse de la inconsecuencia existente en el raciocinio del señor Ministro, cuando estableciendo como punto de partida de sus observaciones la ninguna relación que hay entre la idea de fijar la Capital en Buenos Aires con la de legislar en este acto sobre el Banco de la Provincia, y concluye por establecer precisamente lo contrario, vinculando el último pensamiento al primero y haciéndole entrar como condición indispensable y parte precisa de la ley destinada exclusivamente á fijar la

Capital de la República en Buenos Aires.

La consecuencia que de las premisas establecidas por el señor Ministro deben desprenderse, es no dejar consignada en esta ley disposición alguna sobre el Banco, y dejar este asunto regido pura y exclusivamente por la Constitución Nacional en cuanto á la jurisdicción del Gobierno General en la Capital.

Pero lo que se trata de establecer aquí por medio de este artículo es reconocer y autorizar un convenio, que tal es esta ley, por el cual se acepte el ejercicio de la jurisdicción de la provincia en el territorio de la Capital sobre las instituciones bancarias que la provincia tiene al presente en la ciudad de Buenos Aires.

No es simplemente porque el Banco de la Provincia exista en una de las calles de la ciudad de Buenos Aires por lo que se quiere comprender esta institución en la ley de Capital. El Banco de Londres, el de Italia, tienen también su establecimiento en una de las calles de la ciudad de Buenos Aires; otras muchas instituciones de crédito existen en aquella ciudad, y, sin embargo, ellos no figuran ni pueden figurar para nada en una ley sobre Capital.

Esos establecimientos quedarán sujetos á la legislación exclusiva del Congreso por razón de su ubicación en la Capital de la República, y estos otros que pertenecen á la Provincia de Buenos Aires no quedarán sujetos á la legislación del Congreso, no obstante que se encuentran en iguales condiciones que aquéllos.

Esto viene á crear una coexistencia de jurisdicción, y yo desearía que el Senado se apercibiese de su gravedad.

Esto no es crear la Capital de la Constitución, esto es dar un derecho de legislación en el territorio de la Capital á la Provincia de Buenos Aires, y sobre una de las materias más graves, que afecta mayor interés en todo sentido: en política, en finanzas, en materias de crédito, de cambios, etc.; en todos los órdenes, económicos y sociales, puede decirse. La materia del crédito, la materia bancaria, la materia de la circulación de los valores y de los cambios son materia de legislación, de alta, de inmensa, de profunda trascendencia para

una nación; y en vez de alejar dificultades y complicaciones en ellas se trata precisamente de crear por esta declaración del artículo serias dificultades y complicaciones con la jurisdicción de la provincia, que viene á reconocerse por este artículo sobre todas estas materias de exclusiva legislación del Congreso.

Ha sido especioso el argumento del señor Ministro de la Guerra, cuando ha creído que podía igualarse al Banco de la Provincia existente en la ciudad de Buenos Aires con las sucursales que éste tiene fuera del territorio de la Capital, y ejercer jurisdicción respecto de aquél, como podría hacerlo la provincia respecto de éstas.

El ha tratado de llevar el pensamiento á las sucursales para retirarlo del establecimiento principal, y no ha tenido una palabra directa para contestar mis observaciones respecto á la disposición expresa de la Constitución que acuerda al Gobierno Nacional, jurisdicción exclusiva en el territorio de la Capital, legislando exclusivamente el Congreso en todo el territorio de la misma. Creo que esta disposición no se puede negar.

Sabido es que, el ejercicio de la jurisdicción es el ejercicio de la soberanía en los tres diversos ramos del poder público, legislativo, ejecutivo y judicial, en el territorio dentro del cual se ejerce, pues precisamente la jurisdicción y el territorio están limitados el uno por el otro.

Si, pues, la Nación ejerce por la Constitución plena y exclusiva jurisdicción en el territorio de la capital, y esta la capital que se trata de crear por el proyecto en discusión, ninguna otra acción debe ejercerse en ella que la nacional, de parte de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial en que se divide la soberanía.

Por esta disposición del proyecto, en discusión, repito, se establece contra la Constitución una coexistencia de poderes, y así, lejos de resolverse la cuestión de Capital viene á resultar sobre materias importantísimas y muy principales una coexistencia de poderes, ó algo peor, una depresión, una sujeción, diré así, de las atribuciones del Gobierno Nacional, con mengua de su autoridad y poderes constitucionales, puesto que la jurisdicción local va

á continuar sobre estos establecimientos y las materias que con ellos se relacionen, las materias que formen la base de sus operaciones, las que serán legisladas exclusivamente por la Provincia de Buenos Aires.

Yo cumplo este deber patriótico llamando la atención del honorable Senado sobre este punto, y salvo mi responsabilidad pidiendo al señor Secretario de una manera especial, anote mi voto en contra de este artículo.

Sr. Paz—Si hubiera venido á discusión, señor Presidente, el proyecto presentado por el Poder Ejecutivo simplemente, el señor Senador por Santa Fe hubiera sido oportuno al traer á la consideración de la Cámara las observaciones que acaba de hacer; pero, desde que la Comisión, después de un detenido cambio de ideas, arribó á la modificación del artículo respectivo del proyecto originario, substituyéndole por el que actualmente se discute, esas observaciones no tienen razón de ser.

Desde el primer momento llamó la atención de la Comisión la forma con que el Poder Ejecutivo había proyectado lo relativo á las instituciones de crédito que tiene la Provincia de Buenos Aires, porque de la correlación de sus diversos artículos resultaba claro el pensamiento de declararse en la ley que el Banco de la Provincia, el Banco Hipotecario y el Monte Pío quedaban fuera de la jurisdicción de la Nación.

Notó, además, otro defecto en la redacción del artículo, en las últimas palabras de él, pues por ellas aparecía también que se quería condenar á la inamovilidad la constitución actual de esas instituciones de crédito.

No entraba en la norma de conducta que la Comisión ha creído deber seguir, hacer tales declaraciones, señor Presidente, y el señor miembro informante ya ha hecho presente á la Cámara cual era esa norma en el notable informe que ha fundado el proyecto en general.

Ella ha pensado, señor, que tratándose del asunto más grave de que puede ocuparse el Congreso, no debe él ser complicado por cuestiones de detalles, sino es la de aquellas que puedan reputarse inseparables del pensamiento principal ó absolutamente indispensables para arribar al resultado á que aspira el país.

Con el objeto de darse cuenta la más exacta del alcance que el Poder Ejecutivo diera á su proyecto, la comisión pidió al señor Ministro del interior los esclarecimientos convenientes.

De las explicaciones por él dadas, resultó que el Poder Ejecutivo, en plena conformidad de ideas con la comisión, se había propuesto tan solo declarar que la Provincia, conservando la propiedad de su banco, del Banco Hipotecario y del Monte Pío, la conservaba con todos los derechos que le corresponden según nuestras propias instituciones.

Es á ese pensamiento que responde la redacción con que la Comisión ha presentado este proyecto, pudiendo entrar en la fórmula adoptada todas las opiniones, inclusive la del señor Senador por Santa Fe, puesto que, según ella la Provincia de Buenos Aires no ejercerá más derechos, que los que le correspondan con arreglo á la Constitución; y consultándose á todo interés legítimo.

Se consulta todo interés legítimo, porque, desde que no se trata de crear un derecho, que á ser nuevo, no se armonizaría con las atribuciones, que diversas cláusulas de la constitución acuerdan á los poderes generales; que se armonizaría menos con el inciso 27 del artículo 67 que acaba de citar el señor Senador por Santa Fe;—desde que no se trata digo, de la creación de un derecho, sino tan solo del reconocimiento de un derecho preexistente, declarándose que lo conserva la Provincia, se declara cuanto justa y constitucionalmente se puede apetecer.

La Provincia de Buenos Aires, señor Presidente, se incorporó á la Nación bajo un pacto que le asegura el ejercicio de ciertos derechos, y la Constitución Nacional, en el artículo 104, dice que las provincias, no sólo conservan el poder no delegado, sino también el que expresamente se hubiesen reservado por pactos especiales al tiempo de su incorporación.

El Congreso, en virtud de sus facultades meramente legislativas, limitadas por su carta de personería, no puede por sí alterar las facultades constitucionales de que deben estar investidos los poderes nacionales ó provinciales, y la Comisión, obedeciendo á esa teo-

ría, y desde que no se había de pedir á Buenos Aires la cesión de sus instituciones de crédito, creyó que era conveniente dejar á estas en la misma situación en que están, reconociendo simplemente el derecho existente.

¿Hasta donde van las facultades de la Provincia de Buenos Aires respecto á esas instituciones? pregunta el señor Senador por Santa Fe? Es precisamente la cuestión que no ha querido abordar la Comisión; es precisamente con el objeto de no abordarla que ha construido el artículo en la forma en que lo ha presentado á fin de no complicar la gran cuestión de organización nacional que con cuestiones de detalle, pueden ser muy importantes, pero que no afectan de una manera directa á la principal.

Entre los antecedentes que la Comisión ha tenido en vista, y de que debe dar conocimiento á la Cámara, está el juicio, que pende de la resolución de la Suprema Corte de Justicia en el que se trata de decidir si el Banco de la Provincia está ó no regido por el derecho común.

La autoridad encargada de pronunciarse sobre el particular, según nuestra Constitución, está próxima pues, á hacerlo, y la sentencia que pronuncie será la que habrá de determinar cuál es la posición en que la Provincia de Buenos Aires con su banco se encuentra en relación á la Nación.

Dados, pues, estos antecedentes, dada sobre todo la modificación introducida por la Comisión al proyecto del Poder Ejecutivo, insisto en creer, que la fórmula en que se discute el artículo, lo pone á cubierto de cualquier dificultad relativa á las cuestiones que ha pronunciado el señor Senador por Santa Fe.

Hay tiempo y medios de resolverlas, y no hay razón para dificultar la solución de la cuestión que nos ocupa actualmente, y que ha sido ya el objeto de largas y detenidas discusiones antes de ahora, sin que se haya conseguido arribar á un resultado, hasta el presente, manteniendo á la Nación con todos los inconvenientes consiguientes á la falta de su capital definitiva.

Este es también el pensamiento del Poder Ejecutivo.

Sr. Presidente—Si no hay quien haga uso de la palabra, se vá á votar, si está suficientemente discutido el punto.

—No haciéndose uso de la palabra, así se hace y resulta afirmativa.

—Se vota el artículo 3.º y resulta aprobado contra dos votos.

Sr. Pizarro—¿Contra cuántos?

Sr. Secretario—Contra dos.

—El artículo 4.º es también aprobado contra dos votos. En discusión el 5.º

Sr. Pizarro—¿La Comisión podría decirnos cuánto es el monto de la deuda exterior de la Provincia, y á qué responde este artículo?

Sr. Rocha—Tengo algunos apuntes en Seretaría, pero puedo darle de memoria la cifra aproximada: son trece millones de pesos fuertes y esto responde á dos razones: En primer lugar una suma análoga es la que se ha gastado en las obras de las aguas corrientes que van á pasar á la Nación; y en segundo lugar la Provincia entregará próximamente 75 millones de impuestos á la Nación.

Sr. Pizarro—¿Por qué no se podrían tomar todos estos establecimientos á cargo de la Nación, previo arreglo, sin necesidad de tomar una suma determinada?

Sr. Ministro de la Guerra—No puede determinarse la suma sin previamente ver los libros de la Provincia.

Sr. Pizarro—Está bien.

—Se vota el artículo 5.º y es aprobado contra dos votos, leyéndose el 6.º

Sr. Pizarro—Importunaré á la Comisión con otra pregunta.

«El Gobierno de la Provincia podrá seguir funcionando etc.» ¿Esto quiere decir que la Provincia, no va á poder levantar impuestos en la ciudad de Buenos Aires?

Sr. Ministro de la Guerra—Es claro.

Sr. Pizarro—Pero no tiene jurisdicción, ni va á poder levantar impuestos?

Sr. Rocha—No, señor.

Sr. Pizarro—¿Ni podrá administrar justicia?

Sr. Rocha—De eso se habla en el artículo siguiente.

Sr. Pizarro—Entonces tiene jurisdicción.

Si esto es así, la provincia va á ejercer jurisdicción, porque va á legislar sobre materia comercial y va á administrar justicia.

Sr. Rocha—No le contesto á esa pregunta porque no se trata de ese artículo, pero lo haré en oportunidad.

Sr. Pizarro—Lo que quería era hacer constar esas ideas.

Por lo demás, el resultado de la votación me demuestra que no hay términos hábiles para mí, y es por eso que doy la razón de mi voto en contra, para autorizarlo.

Sr. Presidente—Se va á votar el artículo 6.º

—Se vota y es aprobado, como lo son en seguida el 7.º y el 8.º El 9.º de forma.

Sr. Pizarro—Podríamos pasar á ocuparnos del otro proyecto.

Sr. Lucero—Hago moción para que se levante la sesión.

—Apoyado.

—Se vota esta moción y es aprobada, levantándose la sesión á las 3 y 45 de la tarde.

—En seguida volvieron al recinto los señores senadores y ocuparon sus respectivas bancas.

Sr. Presidente—El señor Presidente de la Cámara de Diputados me ha pedido el recinto, á fin de que pueda reunirse mañana, y que como es día en que esta Cámara debe tener sesión ordinaria y se ha resuelto por el Senado tener sesiones diarias hasta terminar la consideración de todos los proyectos relativos á la Capital de la República, no he querido acordar el permiso solicitado por el señor Presidente de la otra Cámara sin consultar al Senado.

Particularmente he consultado á algunos señores senadores y éstos me han indicado la conveniencia de entrar á sesión á fin de resolver sobre este punto.

Sr. Argento—Yo creo que no debemos ceder el local porque la resolución de este Cuerpo fué que nos constituyéramos en sesión diaria hasta que termináramos la consideración de los dos proyectos relativos á la Capital de la República. Hemos despachado solamente uno y falta el otro, y tenemos que continuar reuniéndonos diariamente hasta que sancionemos los dos.

Hoy habríamos tenido tiempo de ocuparnos del que nos falta; pero como se ha levantado la sesión quedando pendiente la consideración del proyecto sobre convención, que tiende á la realización de la misma idea de dar Capital á la República, yo me he de oponer á que suspendamos las sesiones diarias antes de que se llene el objeto que tuvo el Senado al adoptar esa resolución.

Sr. Rocha—No hay necesidad de que se sancione inmediatamente el proyecto relativo á la convención, porque tenemos mucho tiempo hasta el 18 de Noviembre.

Por otra parte, es un proyecto subsidiario...

Sr. Argento—Yo lo considero como principal.

Sr. Rocha—Para mí es completamente subsidiario.

Sr. Febre—Pienso que no hay ningún inconveniente en ceder el local mañana á la Cámara de Diputados. Hoy le tocaba á ella tener sesión y nos ha cedido el local sin ninguna dificultad, y desde que la interrupción de las sesiones diarias de esta Cámara es únicamente por un día, creo que debemos ceder mañana el local á la otra Cámara para tener nosotros sesión pasado mañana, en que probablemente sancionaremos el proyecto sobre convención.

Sr. Argento—Como todavía no hemos conseguido nuestro objeto, creo que no debemos quedarnos á la mitad del camino.

Sr. Civit—Puede votarse.

—Apoyado.

Sr. Presidente—Se va á votar si ha de cederse mañana el recinto á la Cámara de Diputados, quedando señalada la sesión del jueves para que el Senado se ocupe del proyecto sobre convención.

—Se vota y resulta afirmativa, levantándose en seguida la sesión.

—Eran las 4 p. m.